

## EN LA ESCUELA (CUENTO)

Por FERNANDO VILLALVA DIEGUEZ



LUISITO está montado en un banco de la escuela. Permanece serio, quietecito, sin hablar con sus compañeros que le miran con curiosidad. Luisito tiene en sus manos, abierto por la primera página, el libro que le compró su padre el día anterior, después de hablar con el maestro. A su lado, encima del banco, dentro de una cartera de cartón, tiene otro libro, una pizarra, un pizarrín, un lápiz y una pluma, todo nuevecito también y recién comprado. Es su tesoro, un tesoro que guarda cuidadosamente, que apenas se atreve a tocar con sus manos, temiendo mancharlo.

Esta mañana es la primera vez que Luisito viene a la escuela de Niños, a la escuela nacional. Sus siete años— él ya tiene siete años, señor— hacían mucho tiempo que ambicionaban la llegada de hoy. El ya no era un parvulito para seguir con doña Paquita, la señora del bajo de su casa que le había enseñado a leer juntamente con un grupo de niñas. El era un hombre y no quería estudiar con las niñas, quería ir a una escuela de verdad, a una escuela grande donde hubiese muchos niños grandes como él y un maestro de verdad. Por fin, después de pedirselo muchas veces a su padre, lo había conseguido.

Y allí estaba, en el banco en que le había colocado el maestro, muy quietecito, sin hablar con sus desconocidos compañeros que lo miraban y cuchicheaban entre sí. ¿Por qué se reían de cuando en cuando?

Pero Luisito estaba contento, muy contento de estar allí. Miraba la primera página de su libro, la que el maestro le había señalado para que estudiase, pero sus ojos no eran capaces de leer en el libro; se le iban por la escuela adelante leyendo en todas partes aquella primer página maravillosa de su nueva existencia.

Lo que más le gustaba eran los mapas colgados en la pared, los grandes mapas de colores que él ya sabía lo que representaban. Allí estaban pintados todos los pueblos del mundo, todo lo que en el mundo había; los ríos, los mares, las montañas, y probablemente las casas y los automóviles, aunque de esto no estaba muy seguro. Claro que los automóviles estarían parados, creía él. Aquél de enfrente era el mapa de España, lo conocía bien, y estaba rodeado de cuatro filas de cuadritos de colores, que quizá representasen los caramelos que hay en todos los pueblos y que su padre le traía cuando llegaba de viaje.

También le llamaba la atención aquella bola grande que había encima de la mesa del maestro. ¡Quién sabe lo que sería aquella bola! Su banco estaba arrimado a la pared. En el centro de la escuela se alineaban las mesas; de dos niños cada una. ¿Por qué el maestro no le había colocado en una de aquellas mesas tan bonitas? Barnizadas de amarillo, con asientos que se bajaban y subían, con sitio para guardar los libros, y con unos tinteros de tapadera plana que giraban al ras del tablero, eran contempladas por Luisito con envidia hacia los niños que las ocupaban.

Gran parte de la clase estaba escribiendo lo que el maestro dictaba desde su mesa. Los compañeros de banco de Luisito no sabían escribir aún y permanecían sin hacer nada, teniendo en sus manos los silabarios y catones, hablando en voz baja unos con otros. Le miraban y se reían. Uno de ellos se le acercó y le dió una patada en el tobillo. Los demás lo celebraron con nuevas risas. Luisito, cohibido, no comprendía aquello. Le dolían las burlas, pero soportaba todo sin atreverse a decir nada. Empezó poco a poco a sentirse molesto y a desear que llegase la hora de salida.

Antes de marcharse, le dijo el maestro:

—A ver si te espabilas, que aquí no nos comemos a nadie. Dile a tu padre que tengo que hablar con él.

—Bueno— contestó el niño con toda seriedad.

Dió el recado en su casa, y después de comer volvió a la escuela. A poco de empezar la clase de la tarde, el maestro se acercó a su banco y le preguntó:

—¿Le has dicho eso a tu padre?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

—Que ya vendría él a hablar contigo— respondió Luisito.

—¿Cómo dices que te dijo?— insistió el profesor.

—Que ya vendría a hablar contigo.

—¡Cómo! ¿Con quién dices que vendrá a hablar?— volvió a preguntar don Ricardo, poniendo la cara seria e inclinándose hacia el chiquillo.

Luisito, azorado, lleno de extrañeza porque el maestro no lo comprendiese, balbuceó con temor la misma contestación:

—Me dijo que vendría a hablar contigo.

—¡Con usted! ¡Con usted, simplón!— le gritó el maestro al mismo tiempo que le propinaba dos pescozones.

Mientras don Ricardo se alejaba y los niños reían a coro, Luisito se tapó con las manos la cara enrojecida. Hizo esfuerzos por contener el llanto, ahogado por la vergüenza. Se secó las lágrimas y poco a poco fué serenándose. Pero no descubrió su cara hasta que comprobó que ya se había alejado de él la atención general.

¿Por qué le pegaría don Ricardo? No acertaba a comprenderlo. El le había hablado como hablaba siempre a doña Paquita, y ésta, muy amiga de su madre, nunca le había pegado; todo lo contrario, lo trataba con mucho mimo. Había dado fielmente el recado y lo mismo la contestación. ¿Por qué le pegarían?

Las horas de clase se le hicieron pesadísimas. Sin moverse del asiento, sin hablar una palabra con nadie, ya no le gustaba mirar para los mapas. No se atrevía a levantar la vista del suelo o del libro que sostenía en sus manos, único amigo que en la escuela tenía.

El tiempo pasaba lentamente, parecía una eternidad. Nadie le hacía caso. Por fin, el maestro se acercó a él nuevamente y le hizo leer unos renglones de su libro. Al ver que leía perfectamente, le mandó abandonar el banco y lo colocó en una mesa que estaba vacía, la última de la escuela, una de aquellas mesitas bipersonales que él ambicionaba tanto.

Le gustó aquel sitio, al fondo de la escuela, donde lo ponían. Así estaría un poco escondido, olvidado de los demás, pues estaba a la espalda de todos. Ya le había pasado el escozor de los pescozones, allí, él solo, alejado del maestro que tomaba la lección a los chicos mayores, empezó a sentirse a gusto nuevamente.

Como nadie miraba para él, se atrevía a acariciar el tablero inclinado de la mesa, tan liso, con las palmas de las manos. El asiento, de respaldo curvado, era comodísimo, y Luisito se echaba hacia atrás para probarlo. Puso su cartera en el lugar destinado para ello, y después su curiosidad le hizo destapar los tinteros empotrados en la madera. Aquellas tapaderas giratorias, de láminas metálicas, le interesaban mucho y no se cansaba de darles vueltas.

No se dió cuenta de cómo pudo suceder aquello, pues él no hizo fuerza ninguna. Saltó la tapadera del tintero, cayendo en el suelo con un ruido metálico que se oyó en toda la escuela. Volvieron la cabeza todos los alumnos, y reinaron en la clase unos segundos de silencio. Luisito, fuertemente colorado bajo la lluvia de miradas irónicas, con todo aquel horrible peso de un silencio que sentía gravitar encima de él, no sabía qué hacer.

Y el maestro, mirándolo desde lejos, le lanzó estas palabras burlonas:

—Caramba, caramba, parece que ya vas saliendo del cascarón.

La clase explotó, reventó en una carcajada general. Luisito enrojeció hasta la punta de los cabellos. Los niños reían a mandíbula batiente; el maestro, satisfecho de su gracia, también reía su propio chiste.

No lloró Luisito. Allí se quedó con su escarnio a cuestas, con su alma infantil destrozada. Aquello le había dolido más, mucho más que los pescozones.

Pronto salieron de clase, y sus condiscípulos, al marcharse, le decían riéndose, señalándolo con el dedo:

—Saliste del cascarón. ¡Cascarón! ¡Cascarón!

Ya tenía un apodo.

Con honda tristeza, con el ánimo entenebrecido por aquel primer choque con el mundo en su primer día de escuela, regresó Luisito a su casa. Buscó a su madre y le dijo:

—Mamá: no quiero volver a la escuela. Yo quiero volver con doña Paquita.

## PAGINAS ANTOLOGICAS

# NOCTURNO

Tras las vidrieras cerradas,  
los tambores de una tos.

—Abuelita, no hace frío;  
déjame abrir el balcón,  
quiero ver la blanca luna  
que rueda por el alcor,  
quiero ver cómo se engancha  
en los chopos; y el temblor  
de sus hojas plateadas;  
quiero oír del ruiñeñor  
los trinos en la arboleda;  
de aquel regato, el rumor;  
de la vieja encina rota  
que ilumina el resplandor  
de la noche; el oscilar  
de su copa; y la voz  
de los cucos y las ranas  
que croan en derredor  
del estanque...

—Abre, niña...

que yo también esta noche  
quiero asomarme al balcón.  
—Abuelita, ¡ay!, ¿a qué huele?  
¿Estará el romero en flor,  
o será la yerba buena